



Madrid 24 de Julio de 1861.

SUMARIO ARTÍCULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Los Niños viajeros, por don José M. de Larrea.—Zemira y Azor [conclusion], por Fernan Caballero.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—Volver bien por mal, por doña Angela Grassi.—Historia de los Niños célebres: Los hijos de Eduardo, por J. P.

GRABADOS. Vista de Pálma.—El Jardinero.—Los Hijos de Eduardo.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

V.

Respeto á los maestros.

CUANTO mas perfecta y completa es la educacion que los padres tratan de proporcionar á sus hijos, tanto mas difeicil es que puedan llevarla á cabo sin auxilio de los maestros y profesores, que cooperando con sus conocimientos, á aquella obra, logren terminarla dignamente. Porque por lo mismo que segun antes te he manifestado, la vida del hombre es

Tomo II.

extremadamente corta para adquirir profundos conocimientos en todas las ciencias, y no basta para comunicarlas á otros tener acerca de las mismas aquellas ideas de las cuales un hombre bien educado no puede dispensarse, de aquí que deban concurrir varias personas á la educacion de los jóvenes.

Por punto general los padres son los encargados de imbuir á sus hijos los primeros rudimentos, obligacion que cumplen, en tanto procuran el desarrollo del cuerpo y desenvolvimiento de los miembros; pero desde el momento en que aquellos se hallan en estado de poder profundizar algo mas en sus estudios, pasan á manos de los profesores, que pueden guiarles por la senda del saber.

Núm. 28.

Quizás no te has detenido jamás en reflexionar un momento sobre la grave responsabilidad que contrae un maestro al aceptar la educacion del jóven que se le confia, y los esfuerzos de toda clase que pone en accion para salir airoso en su cometido. Házlo y te convencerás del aprecio y respeto que les debes, si pretendes agradecer, ya que no pagar, lo mucho que hacen por tí.

Si consideras que la educacion no se limita á instruir á los hombres, sino que tiene por objeto principal hacerlos en todos conceptos útiles á la sociedad y á la patria, comprenderás que su mision debe estenderse hasta su mismo corazon, es decir, hasta corregir los malos hábitos y refrenar las pasiones que por punto general son patrimonio de la humanidad. Semejante tarea ejercida por los padres, es improba y exige del hijo la mas completa gratitud; pero de todos modos, el padre recibe el fruto de su obra mientras dura su existencia. Mas de qué modo pueden pagar á los maestros sus cuidados, sus atenciones, los disgustos que con la indocilidad y desaplicacion le ocasionan, hijos de los pocos años, mas que respetándole y procurando seguir sus consejos, cuando no puede recibir otro galardón?

Haz, pues, cuanto esté de tu parte para sujetarte en un todo á las instrucciones de tus profesores; no les disgustes con tu inaplicacion, ni con tu mal comportamiento; pues obrando de esta suerte sobre faltar á tus deberes, inficionarías á tus compañeros con el mal ejemplo, y te harías despreciable á sus ojos. A mas de que, ¿crées que saldria perjudicado nadie mas que tú de hacer tu voluntad, contraria al deber? No, hijo mio: y te sucederia que despues de mucho tiempo y de haber inútilmente malgastado los mas preciosos años de tu existencia, te hallarias sin conocimientos, con los mismos malos hábitos é ignorancia que el dia en que empezaste á recibir aquellas lecciones, é indigno por lo mismo de pertenecer á la sociedad, pues nada habrias hecho para ser apreciado por ella.

Si en alguna ocasion te amonesta con severidad, y llega hasta el extremo de imponerte

algun castigo, no te rebeles contra él; juzga que te ama, y que solo guiado por el amor que te profesa y por los deberes que su ministerio le impone se decide á tales extremos, aun cuando deba padecer su corazon. Educados durante sus primeros años los hijos por sus padres, fácilmente contraen malos hábitos, ora porque la demasiada indulgencia de aquellos haga aumentar las naturales disposiciones del corazon á lo malo, ora porque cegados por el cariño celebren como gracias las acciones que no corregidas á su debido tiempo pueden degenerar en actos reprobables moralmente hablando. En tal caso, los esfuerzos de los maestros deben ser mas poderosos, puesto que deben luchar con una naturaleza ya viciada. Lejos de despreciar sus consejos y burlarte de sus reflexiones, debes acatarlos á ciegas; y si bien por de pronto someténdote á ellos, debes cumplir los castigos que te impongan, dado que te hayas hecho acreedor á ellos, considera que solo les mueve el deseo de que cobrando aversion al castigo, dejes de ejecutar aquellos actos, en virtud de los cuales te ha sido impuesto. Al principio se rebelará tu voluntad, porque el alma del hombre tiene una propension á la independecia; pero cuando con los años comprendas que aquellas pequeñas reprensiones y suaves castigos te han ahorrado trascendentales disgustos, bendecirás al humano profesor que, despues de tu padre, ha trabajado para hacerte útil á la sociedad.

Sí, hijo mio: respeta y ama siempre á tus maestros: reflexiona que á diferencia de lo que sucede con tus padres, tus hermanos y tus amigos, en cuya compañía puedes estar siempre, á ellos los abandonas en cuanto has tomado de ellos todo cuanto te pueden dar. Y pues por toda recompensa, dado que llegues á ser algo en el mundo, les queda el derecho de enorgullecerse diciendo: «con mis lecciones contribuí á su educacion y á hacerle lo que es,» conserva constantemente en tu memoria un recuerdo para tus maestros, y nunca les niegues un lugar en tu corazon.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

LOS NIÑOS VIAJEROS.

ISLAS BALEARES.

Hemos dicho en el artículo anterior que nuestros infantiles viajeros y sus respectivos padres habían llegado á Madrid, donde descansaron algunos días de sus pasados viajes.

Era en el verano, y en una noche de Julio que había seguido á un día bastante caluroso, paseaban los cuatro por el Prado, que es en Madrid el único punto posible de reunion en las noches del Estío.

Después de haber dado algunas vueltas, tomaron sillas, y los niños, formando corro aparte, aunque al lado de sus padres, continuaron una conversacion comenzada durante el paseo.

—Qué dichoso eres, decía Carlota, en haber viajado tanto! Yo no he viajado mas que lo que has visto, pues antes había estado siempre metida en Córdoba.

—Pues yo, replicaba Enrique, también había estado metido en un pueblo hasta que mi papá me trajo á Madrid, y después de enseñarme todo lo que hay que ver en la corte, hemos recorrido todas las provincias de España.

—¿Estás seguro de haberlas recorrido todas? dijo á esta sazón D. Manuel, que escuchaba la conversacion de los dos niños.

—Papá, creo que sí, porque he estado contigo en Madrid, Toledo, Ciudad-Real, Guadalajara, Cuenca, Ávila, Segovia, Soria, Logroño, Burgos, Santander, Palencia, Valladolid, Salamanca, Zamora, Leon, Lugo, Coruña, Orense, Pontevedra, Oviedo, Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, Navarra, Zaragoza, Teruel, Huesca, Lérida, Gerona, Barcelona, Tarragona, Castellon, Valencia, Alicante, Albacete, Murcia, Almería, Granada, Jaen y Córdoba; y después en compañía del señor D. Claudio y de Carlota hemos recorrido Sevilla, Cádiz, Málaga, Huelva, Badajoz y Cáceres.

—Veo que tienes buena memoria.

—Me parece que no hay mas provincias.

—En la península, no; pero España, aun prescindiendo de sus posesiones en Africa,

América y en la Oceanía, tiene muy cerca de sus costas un grupo de islas, que no solo la corresponden geográficamente, sino que políticamente forman una de sus provincias.

—Y cómo se llaman? preguntó Carlota.

—Las Islas Baleares.

—¿Y hay en ellas algo que ver, papá?

—En todas partes hay que ver para el que sabe observar.

—Pues porqué no vamos á ellas?

—Verdaderamente que por no sufrir el calor que hace en Madrid, tentado estoy de que hagamos este viaje.

—No cuentes conmigo, dijo D. Claudio; mis negocios y tus consejos me han sacado de mis casillas, y ando de Ceca en Meca como el alma de Garibay; lo que no puede continuar, porque mi salud se resentiría. Yo voy á volverme desde aquí á mi casa de Córdoba, de donde no pienso emprender mas viaje que el que todos mas tarde ó mas temprano hemos de hacer al otro mundo.

—Pero, mi querido Claudio, no es un viaje tan largo. En cualquier parte del Mediterráneo encontraremos buques que nos lleven á Mallorca: de Barcelona á Palma hacen constantemente la travesía los vapores *Barcelonés* y *Mallorquin*, y sin necesidad de ir á Barcelona, podemos dirigirnos á Alicante por el ferrocarril, y embarcarnos allí para Palma.

—Embarcarnos otra vez? no en mis días: te digo que no te acompaño.

—Papá! Enrique verá las Baleares y yo no! exclamó Carlota.

—Pero hombre, dijo D. Claudio á D. Manuel; tú, que tanto sabes, ¿no podrias enseñar á los niños esas islas, así en algun libro, en alguna estampa, que las vieses, en fin, sin necesidad de moverse de Madrid?

—Excelente idea, respondió D. Manuel, y vamos á ponerla en práctica: volvamos á casa.

La que D. Manuel había tomado para vivir ya de asiento en Madrid con su hijo, estaba situada en la calle de Alcalá, y llegaron al momento á ella.

Tomó D. Manuel la excelente carta geo-

gráfica de Coello, y la extendió sobre una mesa, agrupándose todos á su alrededor.

—¿Veis aquí, les dijo, enfrente de nuestras costas de Levante en el Mediterráneo, este grupo de islas? Pues estas son las Baleares, aunque propiamente hablando, solo debe llamarse *Baleares* á Mallorca, Menorca y la Cabrera, y *Pituisas* á Ibiza, Formentera, Dragónera, etc., distincion que fácilmente comprendereis observando en el mapa que forman dos grupos distintos. Estas islas eran ya muy conocidas en tiempo de los romanos, que llevaban en sus ejércitos á sus célebres honderos: pasó

su campiña está poblada de casas de campo y de verjeles.

—Ah! yo hubiera querido ver esa ciudad, exclamó Enrique.

—En este libro tienes una vista que te podrá dar una idea. Ahora continuemos. Además de esta ciudad son buenas poblaciones en Mallorca, las de *Alcudia*, *Soller*, *Pollenza*, *Inca* y *Artá*, cerca de la cual se halla la *cueva de la ermita*, donde la naturaleza ha formado con caprichosas estaláctitas obeliscos, columnas, etc.

Sigue ahora Menorca, isla que tiene 38 le-



Palma.

después al dominio de los vándalos, de los godos, y últimamente de los árabes, que fundaron en ellas un reino, hasta que las reconquistó el rey D. Jaime en 1232.

—Aquí hay una que es la mayor de todas, dijo Carlota.

—Esa es Mallorca, que tiene 50 leguas de circuito, 18 de largo y 14 de ancho. Tiene una cadena de sierras, y la llanura abunda en olivos, granados, naranjos y palmeras. La capital, así de la isla como de la provincia, es *Palma*, ciudad con buena catedral gótica, murallas y baluartes, lonja de comercio, buenos edificios, casi todos de piedra, y calles estrechas, pero bien empedradas y limpias: su puerto tiene un muelle seguro, aunque estrecho, y

guas de circuito, ocho de largo y cuatro de ancho; es la menos fértil, pero en ella se encuentra el importante puerto y plaza fuerte de *Mahon*, situada en el seno de una bahía. Es una hermosa ciudad, con calles anchas y algunas muy largas, como las del Arrabal, Castillo y Gracia: las casas son de buena construcción, y las consistoriales de regular apariencia. Los edificios mas notables son el cementerio, por su magnífica fachada, buen gusto arquitectónico y excelente disposición, y el lazareto sólido y grandioso, construido desde 1793 hasta 1807, contándose en él ocho puertas, una capilla circular con treinta tribunas y gran número de habitaciones, enfermerías, almacenes, etc. El puerto es de los mejores del mundo, y puede

dar abrigo á grandes escuadras, por lo que ha sido siempre codiciado de naciones estrañas. Despues de Mahon, la mejor poblacion de Menorca es *Ciudadela*.

Ibiza, cuya estension en redondo es de 22 leguas, tiene por capital la ciudad del mismo nombre, con puerto cómodo.

Las llamadas Formentera, Dragonera, Cabrera, etc., son pequeñas islas, de las cuales solo la primera es fértil. Y hé aquí, hijos míos, como sin habernos movido hemos recorrido ya las Baleares.

—Así deberían hacerse los viajes, observó filosóficamente D. Claudio; cuánto mas vale esto que esponerse á descarrilar en el ferrocarril ó á volcar con la diligencia!

—Pues á mí me gusta mas viajar y ver, dijo Enrique.

—A mí tambien, concluyó D. Manuel; el mundo es un hermoso libro que Dios tiene abierto á los ojos del hombre, y el que no ha salido del sitio en que nació, no conoce mas que una de sus páginas.

JOSÉ M. DE LARREA.

ZEMIRA Y AZOR.

(Conclusion.)

Al dia siguiente halló Azor á Zemira triste y preocupada; preguntóla la causa, y ella le contestó que habia visto en el espejo los aprestos de la boda de su hermana, y que tenia un gran sentimiento por no poder estar presente á esa alegre fiesta de familia, lo que diciendo prorumpió en llanto.

Mas que ella padecia Azor al verla llorar, así fué que la dijo:

—Sé muy bien, Zemira, que al salir de aquí me olvidarás, y que las fiestas y bailes de la boda te apartarán de la tranquila felicidad que gozas á mi lado y bajo mi cariñoso amparo; ¿cómo quieres, pues, que te satisfaga tu nuevo deseo en mi daño y en el tuyo?

Zemira le aseguró que efectuada la boda nada la detendria, y tanto le instó para que la

dejase ir, que al fin el buen Azor acabó por concederla su súplica.

Zemira partió á la mañana siguiente, aunque muy afligida por separarse de Azor, y por el dolor que á éste causaba su ausencia.

Grande fué la sorpresa y la alegría que tuvieron su padre y hermanas al verla llegar en un soberbio coche arrastrado por cuatro caballos, con las manos llenas de espléndidos regalos que para ellas traía. Así fué que la hicieron las mayores instancias para que prolongase su estancia allí.

—Nadie se muere de mal de ausencia, y menos que nadie un oso, le decian sus hermanas.

—Lo mismo son tres que cuatro dias, decian los falsos amigos, que por hacerse amables anteponen en sus consejos los placeres á los deberes. ¡Dios sabe cuando en vuestra aislada y uniforme vida os volvereis á hallar entre gentes alegres!

Y tanto la dijeron los falsos amigos con sus falsas razones, que la indujeron á quedarse, faltando á la palabra dada, por mas que la voz de la conciencia, esa verdadera amiga y buena consejera, le murmurase en el corazon que hacia mal en no cumplir lo prometido, en abusar de la condescendencia de su buen favorecedor, y en preferir la frívola diversion al honrado cumplimiento de un deber.

Al cuarto dia se despidió, inquieta y disgustada, como deja todo placer disfrutado con exceso, pues los placeres y diversiones son como el vino; si es de buena calidad y se disfruta con moderacion, no hace mal á la salud; pero si es de mala calidad y se disfruta con exceso, embriaga, daña, y destruye la naturaleza mas sana.

Apeóse avergonzada del coche, preparada á sufrir las justas reconvenções de Azor; pero no lo encontró; por mas que recorrió los sitios en los que habia pasado tan felices y serenos dias á su lado, en ninguno lo halló. Entonces su inquietud se tornó en angustiosa afliccion.

Llamóle á voces, pero solo el eco del cercano bosque repitió tristemente: Azor! cual si tambien él lo echase de menos.

Al fin en el lugar mas apartado y agreste del parque lo encontró Zemira tendido sobre las yerbas; estaba muerto, como le habia avisado que lo hallaria si se tardaba mas que el tiempo prefijado.

Entonces Zemira prorumpió en un copioso llanto, culpándose de ser la causa de la muerte de Azor y de haber pagado con la mas horrible ingratitud tanto cariño como le habia demostrado, tantos favores como le habia hecho! y afirmando, con tardío arrepentimiento de su falta, que esta la privaba de aquel sér que tan feliz la habia hecho, y que era la causa de su desgracia, pues habia perdido al objeto de su mas tierno cariño.

Apenas pronunció estas palabras, se incorporó Azor, pero no en forma de oso, sino en la de un hermoso príncipe.

—Zemira, exclamó, la palabra que has pronunciado era necesaria para mi felicidad; ella rompe el encantamiento que me tenia revestido de esta piel de oso. Somos felices, Zemira, pues tu corazon supo amar al príncipe á pesar de la piel de oso que le cubria. Tu amor destruye el encantamiento!

Se casaron; fueron felicísimos, y si no se han muerto viven todavía.

Vamos á ver, niños míos, cuál es la moral que deducis es este bonito cuento. Uno me dirá aludiendo á Zemira, que la modestia en los deseos trae consigo su recompensa, pues el haber deseado solo una rosa, fué el origen de su buena suerte. Otros, con referencia al padre de Zemira, que aquel que por insignificante no cumple á tiempo un encargo, tiene despues que emplear mas tiempo y trabajo en su desempeño.

Es esto muy cierto; los errores de los hombres encierran en sus malas consecuencias diarias lecciones, para los que quieren aprovecharlas. Pero no son estas enseñanzas la parte mas delicada y esquisita que de este cuento dimanar; lo es otra de mas alta esfera, que consiste en probar que el verdadero y tierno cariño del corazon no lo obtienen la hermosura, la elegancia ni prendas exteriores, que son todos méritos pasajeros y de poca valía, sino la bon-

dad del corazon, la elevacion de alma, la delicadeza en el sentir, el sincero apego é interés que se nos demuestra; estas prendas reales y sólidas, son las que inspiran un profundo y tierno cariño en los nobles corazones. Así veis que un individuo de tan mal exterior que se ha personificado en este cuento en un oso, se hizo amar tiernamente por la hermosa Zemira, gracias á la bondad, á la delicadeza y generosidad de sus sentimientos y de sus procederes, y que despues del dolor de perderlo, fué tal su júbilo al volverlo á hallar, que le pareció bello y lleno de agrado como un brillante príncipe, no por efecto de encantamiento, sino por efecto de su cariño, pues es tan cierto, que la experiencia lo ha constituido en refran, que el que á feo ama, hermoso le parecee.

FERNAN CABALLERO.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

[Continuacion.]

II.

EL NÚMERO 17,643.

Son las siete; Mr. de Ferrieres, su hijo y su pupilo acaban de comer y platican de sobremesa alegre y elocuentemente. Hemos dicho acaban de comer, y ni Mr. de Ferrieres ni Eduardo lo han hecho sino parcamente, porque la alegría como la tristeza impresiona y desgarrar. Seria imposible decir cuál de los dos estaba mas satisfecho, si el padre del triunfo del hijo, ó el hijo de la ventura del padre.

En cuanto á Raoul de Chavigni, habia comido por uno y por otro: era preciso celebrar tan fausto acontecimiento.

—Cuando yo sea rico, exclamó comeré todos los dias como hoy.

—Lo dudo, contestó Mr. de Ferrieres.

—Y por qué, padre mio?

El huérfano llamaba así á su tutor.

—Porque cuando tú seas rico, si llegas á serlo, continuó Mr. de Ferrieres sonriendo

maliciosamente, tendrás cincuenta años, y no diez y ocho, y á esa edad ni tus ideas ni tu estómago serán lo que hoy.

Raoul plegó con desden los labios; luego, con acento grave é irónico:

—Espero ser rico antes de los cincuenta años, dijo.

—Sí? ¿Y puede saberse, hijo mio, en qué fundas esa esperanza?

—En la casualidad!... Un presentimiento me anuncia que voy á ser rico, muy rico, y pronto.... Mi tío el de América, acaso lo es, y siéndolo, á su muerte le heredo, y negocio redondo! ¿No os habla de mí en sus cartas con cariño é interés?

—Y llevando hasta el extremo su generosidad, acaso desea la muerte para ahorrarte el fastidio de esperarla y entrar en posesion de su herencia, dijo Mr. de Ferrieres con acento pausado é irónico. Créeme, hijo mio, añadió despues de una breve pausa; desecha esos locos pensamientos, que pueden perjudicarte el día de mañana. Los tios ricos de América solo se encuentran en el teatro; no existen fuera de él, porque aun en él son inverosímiles. El único medio de labrarse una fortuna es el trabajo, el trabajo asiduo y constante.

Hizo una nueva pausa, y sonriendo añadió:

—Hay otro, la lotería, por ejemplo: te queda todavía la esperanza de acertar un número.... te aconsejo que juegues siempre que puedas.

Raoul se ruborizó, y con acento entrecortado exclamó:

—Estraño que me habéis de lotería.... y no sé á qué atribuir....

—Esta mañana he recibido de Alemania una lista de los números premiados en un sorteo extraordinario, monstruoso que se ha celebrado en Franfort... Pero ¿qué tienes? Estás pálido como un muerto... Sin duda has abusado del Champagne... Toma, bebe este vaso de agua con azúcar... Quitate la corbata, desabóchate el chaleco y dáme el brazo.... acaso respirando el aire libre....

Raoul rechazó dulcemente á su tutor, y tomando la palabra:

—Y conservais por ventura esa lista? preguntó.

—No, y lo siento si te interesaba, aunque no alcanzo el motivo.

Raoul miró á Mr. de Ferrieres de una manera estraña, como si intentase leer sus pensamientos: la fisonomía del abogado solo revelaba asombro.

—Espero que me digas porqué te interesa esa lista.

Raoul haciendo un esfuerzo.

—Padre mio, le contestó, no he esperado para jugar á que vos me lo aconsejéis.... sarcásticamente. Un prospecto que mi buena-estrella hizo llegar á mis manos, me reveló la existencia de esa lotería, y...

—Acaba.

—He jugado todas mis economías.... cincuenta francos.

—¿Y al remitirlos has indicado tu nombre y las señas de tu casa?

—Me he valido del vuestro, de manera que la lista de números premiados que habeis recibido, significa.... apenas me atrevo á creerlo, que la suerte....

—Es posible que te haya favorecido... Pero acorta el vuelo de la mente... caer desde tan alto seria horrible. La lista se remite á los suscritores en testimonio de que se ha celebrado el sorteo; no solamente á los favorecidos.... Si yo hubiera sabido... si pudiese recordar... juraria que el premio grande pertenece á la série número 17.

—La mia! exclamó Raoul. Oh! padre de mi alma!

—Despacio, despacio... cada série se compone de cien mil números... Ah!... ahora recuerdo, no me cabe duda, el número premiado pertenecía ó estaba en el 17,600.

—Mi número!... en esa columna está mi número, exclamó Raoul, levantándose precipitadamente.

—Del 17,600 al 18,000 hay cuatrocientos números, es decir, las probabilidades aumentan, pero el triunfo es dudoso todavía. Acaso encima de mi mesa, entre otros papeles...

Antes que acabára Mr. de Ferrieres, Raoul

había desaparecido: un momento después entró en el corredor con la lista en la mano.

—Ah! la has encontrado! Veamos, lee.

—No me atrevo, tengo miedo.

—Tienes el billete ahí? le preguntó Eduardo.

—Sí.

—Léele y yo la lista.

—Empieza.

Eduardo obedeció.

—Números uno y siete.

—Uno y siete, repitió Raoul.

—Seis.

—Seis!

—Cuatro.

—Cuatro! murmuró Raoul con acento balbuciente y sombrío, devorando con los ojos el billete.

Eduardo se detuvo: la situación se agrababa; lo que parecía una burla tomaba el aspecto de una realidad.

—Acaba!

—Tengo miedo, murmuró á su vez Eduardo.

—Acaba! insistió Raoul.

—Un cinco!

Raoul exhaló un suspiro.

—Número 17,645, exclamó Mr. de Ferrieres.

—He estado próximo, balbuceó Raoul. Tengo el número 17,644... Dios mio!... Dios mio! Qué desengaño!

Dos redondas lágrimas se desprendieron de sus ojos: inmóvil y sombrío parecía paralizado por el dolor; mas de improviso exhaló uno de esos gritos sobrenaturales que arranca del alma la fuerza de la pasión, y que la pluma no puede traducir; y luego, como dominado por un vértigo, se puso á cantar, á brincar como un insensato: Eduardo, sobrecoigido por aquellos síntomas de locura, se arrojó en sus brazos.

La crisis fué violenta, pero breve: un torrente de lágrimas la puso término.

—Padre mio! Hermano mio!... exclamó Raoul poseído de una alegría delirante, abrazadme, dadme la enhorabuena... Mi billete es un billete de serie... Tomad, ved... 17,644...

45... 46. 47. 48... Soy millonario... millonario...

Vaciló, y si Mr. de Ferrieres no le hubiera sostenido, hubiese caído al suelo desmayado, cadavérico.

(Se continuará)

E. HERNANDEZ.

VOLVER BIEN POR MAL.

—Córtame alguna de esas flores, Antonio, dijo Eugenia tímidamente apoyándose en la rastra, con la cual había estado trabajando en un campo inmediato.



El Jardinero.

—Estás loca! exclamó Antonio con brusco tono; ahora iría yo á deslucir los rosales para darte gusto á tí!

—Te lo ruego, hermano, insistió Eugenia. Tú no sabes!... es porque quiero llevar un ramillete á la Virgen de los Desamparados!... Mañana es el sorteo... ay! si cayeras quinto! ¿qué sería sin tí de tu ciega madre?

Antonio se estremeció, pero queriendo disimular su emoción, dijo con sarcasmo:

—Crées en los milagros?

—Sí creo, oh, sí creo! exclamó vivamente Eugenia. Creer es vivir para los desgraciados!

—Ya empiezan las lamentaciones!

—No, no, dáme las flores!

Antonio, quizás por la primera vez de su vida, accedió á la súplica de su hermana, y arrodillándose en el suelo cortó algunas rosas, con las cuales Eugenia se apresuró á formar un ramillete.

—Ya empieza el milagro! pensaba entre sí la pobre jóven con el pecho palpitante de esperanza.

Eugenia era huérfana: su madre habia espirado al darla á luz: su padre se habia vuelto á casar en segundas nupcias con Teresa, mujer de dañado corazon y de génio duro é irascible, de la cual tuvo dos hijos, Antonio y Nicolás; pero no pudiendo resistir á los malos tratamientos de su mujer, ni al dolor que le causaba el ver los que hacia sufrir á su hija, bajó al sepulcro cuando ésta apenas contaba doce años.

Cuanto habia quedado á la viuda, á excepcion de la casa que habitaban, pertenecia á Eugenia, porque constituia el dote de su madre; y Teresa, que no podia perdonarla el ser hija de otra mujer, le perdonaba menos aun su relativa riqueza.

Para saber lo que habria sufrido la pobre niña, basta decir que Teresa era una verdadera madrastra en su acepcion mas lata, sin que bastasen á modificar sus arranques ni la buena educacion ni el qué dirán del mundo. Pero tan dura como era para ella, tan cariñosa y condescendiente se mostraba con sus hijos, los cuales, en particular el mas pequeño, eran un dechado y compendio de todos los vicios.

Para colmo de desdichas, Eugenia era fea: debia ser muy fea cuando á pesar de poseer algunas tierrecitas, habia llegado á los veinte y cinco años sin hallar marido.

Bien es verdad que su madrastra y sus hermanos pregonaban sin cesar su imbecilidad y sus defectos, tanto para justificar su conducta, como para impedir que llegase el caso de verse privados de aquellos bienes que se habian acostumbrado á mirar como suyos.

Pero si Eugenia era fea de rostro, tenia en cambio un alma muy hermosa.

Eugenia cumplia religiosamente el precep-

to de Jesucristo, de volver bien por mal, y pagaba cada insulto con un desvelo, cada vejacion con un beneficio. En su corazon no existia la hiel: por injustos que se mostrasen con ella, no sabia aborrecer: no sabia mas que amar, y cuando su angélica paciencia se agotaba, en vez de los reproches recurria á las lágrimas.

—Por qué lo sufres? le decian las vecinas al hallarla á veces sentada al borde de un arroyo, lavándose las heridas que la habian causado sus hermanos. Tú eres rica!

—No, oh, no! respondia Eugenia sollozando; mi madrastra es ciega, sus hijos no saben ganar el pan! Antonio es el único que trabaja, y eso muy poco; ¿qué seria de ellos si yo pidiese lo que es mio? No: no quiero que mi felicidad cueste una sola lágrima á nadie.... quiero morir como he vivido hasta ahora, sin remordimientos... Dios vé lo que sufro! Dios me protegerá!

Al oirla hablar así, las vecinas se apartaban de ella motejándola de necia.

Pero Eugenia era feliz á su manera: Eugenia disfrutaba de esa sublime dicha; dicha sin nombre, que no concen ni comprenden los corazones de acero: el sentimiento. Eugenia se sentia feliz, cuando trás un dia de amarguras, al acostarse por la noche en su pobre lecho, oia murmurar al ángel de su guarda: *bendita seas, has hecho bien.*

Así aquella tarde, al deponer con santa confianza su ramillete á los piés de la Virgen, sintió un inesplicable consuelo, y volvió á su casa rebotando de alegría.

Así al dia siguiente, cuando su madrastra y sus hermanos gemian y sollozaban temiendo que les fuese contraria la fortuna, ella estaba casi tranquila, segura de que la Virgen protectora trocaria en júbilo aquel horrible desconsuelo.

Era por la tarde: Antonio y Nicolás se habian marchado al Ayuntamiento, y las dos mujeres los esperaban en el dintel de la puerta.

Pero Teresa, cuyo iracundo genio estaba escitado por la angustia de su situacion, necesitaba desahogarse en contra de alguno, y así volviéndose á la jóven, la dijo con brusco tono:

—Has preparado la merienda?

Eugenia corrió á reunir los dispersos carbones del hogar, y puso á cocer un tarro de leche.

—Eso es! gritó la vieja, las cinco y aun no hay nada hecho! Desde que yo no veo, buen gobierno anda en la casa!

—Me he descuidado hoy, es verdad, dijo Eugenia dulcemente, pero la inquietud...

—Hipócrita, mentirosa! rabiando estás tú porque tu hermano salga quinto y no volver jamás á verle!

—Oh, no!

—Mira, no me repliques!

—Pero por Dios...

—Insolente! á mí no se me responde! toma!

Y descargó un bofetón sobre la mejilla de la jóven, que se retiró llorando.

En aquel instante resonó á lo lejos una confusa gritería. Formábanla alegres cantos, mezclados de gemidos.

La ciega olvidó su cólera, y Eugenia su dolor. Ambas prestaron atento oído.

—Antonio no canta! exclamó Teresa fuera de sí, ha caído quinto!

—Oh, no puede ser, no puede ser! murmuró Eugenia desconsolada, ¡se lo he pedido tan de corazón á la Virgen!...

—Calla, necia!

—Me parece que le oigo!

—No, no, hijo mío, hijo de mi vida!

Y Teresa cayó sobre una silla, mordiendo las manos y arrancándose el cabello.

Pasó en efecto el alegre grupo de los favorecidos por la suerte, y entre ellos no estaba Antonio.

Este venía detrás, asido de la mano de Nicolás. Estaba pálido y abatido. Vió á su madre corrió á arrojarle en sus brazos desolado.

—Madre mía, madre de los Desamparados, murmuró Eugenia casi con reproche, os lo había pedido tanto, confiaba tanto en vos!

—Bueno ha estado el milagro! exclamó Antonio con amargura.

Al oír esto, la ciega prorumpió en sollozos, y dando rienda suelta á su furor, se desató en

maldiciones contra los hombres y en blasfemias contra Dios.

La pobre Eugenia estaba horrorizada temblando en un rincón: aquel desconsuelo la desgarraba el alma.

De pronto una idea cruzó por su mente, sus mejillas se enrojecieron, y de sus ojos brotaron llamas.

Subió á su chivirtil, se puso sus zapatos nuevos y su vestido de los días de fiesta, y deslizándose cautelosamente, salió sin ser vista por la puerta falsa de la casa.

Se le ha olvidado decir que el pueblecillo donde vivía, era Santa Clara, situado á dos leguas de Búrgos.

El día había estado encapotado y sombrío, pero en aquel instante negros nubarrones habían sucedido á las blancas nubecillas. Gruesas gotas de agua, precursoras de la tempestad, brillaban como perlas sobre las hojas de los árboles, agitadas por el viento, y por fin los relámpagos y el trueno vinieron á completar el desorden de la naturaleza.

Eugenia no dirigió ni una sola mirada al cielo: empezó á andar muy de prisa por el camino que conducía á la capital; pero aun no había andado un cuarto de legua, cuando estalló la tempestad con imponente furia.

Eugenia parecía no apercibirse de la lluvia que caía á torrentes, ni del huracán que amenazaba derribarla al suelo.

(Se continuará.)

ANGELA GRASSI.

HISTORIA DE LOS NIÑOS CÉLEBRES.

Los hijos de Eduardo.

Al tratar de los niños célebres, los primeros que naturalmente se vienen á la memoria son los hijos de Eduardo. ¿Quién no conoce este drama sangriento de la historia de Inglaterra?

Estos desgraciados niños eran hermanos: Eduardo V, el mayor de los dos, tenía doce años: Ricardo, duque de Yorck, que era el se-

gundo, acababa de cumplir once. Eduardo IV, su padre, había pasado por difíciles pruebas durante su reinado de veinte y tres años. Eduardo, aunque cruel, no era tirano, pero dejándose dominar de sus pasiones, los grandes no le respetaban, y el pueblo le obedecía murmuran-

su carácter. Cuando el crimen puso en su frente la corona de Inglaterra, tomó el nombre de Ricardo III.

No tardaron en estallar serias disensiones entre la reina tutora y el duque de Glocester, que pretendía abrogarse, como por derecho



Los hijos de Eduardo.

do. Reconociendo demasiado tarde los errores cometidos en el ejercicio del poder supremo, murió lleno de remordimientos, dejando la tutela de sus hijos á su esposa Isabel de Woodville, que aunque no era de estirpe real, merecía por sus virtudes ocupar el trono. La viuda de Eduardo IV tenía un enemigo poderoso en Ricardo, duque de Glocester, su cuñado, hombre ambicioso, contrahecho, y en cuyo rostro repugnante se veía retratada la perversidad de

propio, el título de Regente del reino, que le negaba el testamento de su hermano. Para conseguir este objeto, que su ambicion le presentaba como el camino mas seguro para llegar al trono, el ambicioso Ricardo se apoderó de la persona del rey niño en las fronteras de Escocia, y trasladándose con él á Lóndres, convocó el gran Consejo, y se hizo declarar protector del reino, durante la menor edad de su sobrino. El duque de Rivers, hermano de la Reina,

indignado de aquella usurpacion, que separaba al hijo del lado de su madre, y lo retenia prisionero en su propio palacio, trató de levantar al pueblo para libertar al rey; pero Gloucester, prevenido á tiempo del golpe que le amenazaba, deshizo la conspiracion, é hizo decapitar al leal y desgraciado Rivers, como reo de lesa-magestad, en nombre de Eduardo V.

Mientras esto sucedia en el palacio, donde Gloucester mandaba como soberano, la Reina viuda se refugió con su hijo mas pequeño á la Abadia de Westminster, único sitio en donde podia considerarse á cubierto de las crueldades del Regente.

Cautivo el rey niño en las régias habitaciones, no veia á su alrededor sino espías vendidos á Gloucester: aislado en medio de su córte, recibia alguna vez frios homenajes, pero nunca llegaban á su oído aquellas palabras de ternura y de cariño que tanto lisonjean el corazon de los jóvenes. No se atrevia á preguntar por su querida madre, cuyos amorosos cuidados echaba tan de menos, y que le eran de tanta necesidad en su delicada salud. Ni aun se aventuraba á nombrar á su hermano Ricardo, compañero de sus juegos infantiles, y cuya alegría y travesura eran un bálsamo que calmaba sus penas.

Esta soledad sin embargo no duró mucho tiempo. El Protector tuvo cuidado de reunir á los dos niños en la Torre de Lóndres, con el pretexto de ser el sitio que habitaban los reyes de Inglaterra hasta su coronacion: como aun presos, eran un obstáculo á sus ambiciosos proyectos, trató de deshacerse de ellos, y dió orden de matarlos á Roberto de Blakemburg, gobernador de la Torre. Negándose este caballero á tan horroroso atentado, confió la guarda de los niños á Jacobo Tyrrel, sugeto de malas costumbres, lleno de deudas, y que para hacer fortuna no tuvo inconveniente en encargarse del asesinato de aquellos inocentes presos.

La historia de estos malogrados principes ha servido de asunto á interesantes dramas. Casimiro Delavigne termina su tragedia poniendo en la última escena el asesinato de los niños. Shakspeare no se atrevió á presentar á los es-

pectadores este acto sanguinario: veamos las palabras que este inmortal poeta pone en boca de uno de los cómplices de tan atroz atentado, que aseguró la corona en las sienes de Ricardo III.

«Encontramos, dice, á los dos niños acostados en el mismo lecho, y tiernamente enlazados sus inocentes brazos, blancos como el alabastro: sus lábios parecian cuatro rosas abiertas en el mismo tallo en un hermoso dia de Mayo. Cuando vimos sobre la almohada su libro de oraciones nos faltó la resolucion... El recuerdo del precio de nuestro crimen volvió á tentarnos. Asustado, el duque de York, al ruido que hicimos al entrar saltó del lecho y quiso gritar: una puñalada lo redujo al silencio. Levantóse entonces Eduardo, y colocándose delante de su hermano, como para protegerle, exclamó: No mateis á Ricardo; habeis equivocado la víctima: Yo soy el Rey. Pero nuestras órdenes eran terminantes: debíamos acabar con los dos, y lo hicimos. Salimos de la estancia llorando y horrorizados de haber inmolado á tan nobles criaturas.»

Cien años despues de cometido este doble asesinato, en 1483, la reina Isabel hizo abrir una puerta tapiada por largo tiempo en la Torre de Lóndres: allí se encontraron sobre un lecho los esqueletos de dos niños, con dos argollas al cuello: era todo cuanto quedaba de perecedero de los hijos de Eduardo IV! La reina, que no queria renovar la memoria de aquel crimen, mandó volver á tapiar la puerta, y prohibió que se hablase de este descubrimiento.

Pasados otros cien años, poco mas ó menos, Carlos II hizo abrir la puerta condenada, y los restos de aquellas víctimas de la ambicion de Ricardo III fueron trasladados á Westminster, al panteon de los reyes de Inglaterra.

J. P.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.